



UNIVERSIDAD DE LA RIOJA

TRABAJO FIN DE ESTUDIOS

Título

La literatura nacida del exilio: María Luisa Elío, Angelina Muñiz-Huberman y Francisca Perujo.

Autor/es

MARÍA SÁNCHEZ SALGUERO

Director/es

ISABEL SAINZ BARIAIN

Facultad

Escuela de Máster y Doctorado de la Universidad de La Rioja

Titulación

Máster Universitario en Estudios Avanzados en Humanidades

Departamento

FILOLOGÍAS HISPÁNICA Y CLÁSICAS

Curso académico

2019-20



La literatura nacida del exilio: María Luisa Elío, Angelina Muñiz-Huberman y Francisca Perujo., de MARÍA SÁNCHEZ SALGUERO
(publicada por la Universidad de La Rioja) se difunde bajo una Licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Unported.
Permisos que vayan más allá de lo cubierto por esta licencia pueden solicitarse a los titulares del copyright.



**UNIVERSIDAD
DE LA RIOJA**

Trabajo de Fin de Máster

**La literatura nacida del exilio: María
Luisa Elío, Angelina Muñiz-
Huberman y Francisca Perujo.**

MARÍA SÁNCHEZ SALGUERO

Tutora: Isabel Sainz Bariain

Máster en Estudios Avanzados en Humanidades: Estudios
Hispánicos

Curso académico 2019/2020

“El exilio es el efecto de que una vida normal se rompa y nazca una identidad especial, diferente y diferenciada, que se vive descentrada, desquiciada o desterrada, de manera aislada.”

Eduardo Mateo Gambarte

Resumen:

En este trabajo se realizará un estudio sobre el motivo del exilio en la literatura producida por los escritores de la segunda generación de exiliados, centrándonos en la obra literaria de tres autoras: María Luisa Elío, Angelina Muñiz-Huberman y Francisca Perujo. Para poder analizar el tratamiento del exilio en sus obras, se expondrá un marco teórico sobre la vida de esta segunda generación de exiliados en general y también sobre la vida de las tres autoras en particular, con el fin de formar una imagen sobre lo que fue el exilio para ellas. El fin de este trabajo es dar a conocer parte de la literatura que nació del exilio republicano español. Para llegar a él será necesario conocer las circunstancias que rodearon el mismo y cómo la segunda generación de exiliados lo vivió.

Palabras clave: exilio, segunda generación de exiliados, guerra civil española, María Luisa Elío, Angelina Muñiz-Huberman, Francisca Perujo

Abstract:

This paper is a study about the motif of exile in the literature of the second generation of Spanish republican exiles, focusing in the literary work of María Luisa Elío, Angelina Muñiz-Huberman and Francisca Perujo. In order to analyze the treatment of the exile in their work, a theoretical framework about the life of the second generation of exiles will be exposed, as well as about the life of the three mentioned authors particularly, for the purpose of forming an image about what exile meant for them. The aim of this paper is throw light on the literature that was born from the Spanish republican exile, and, for that purpose, it will be necessary to know the circumstances surrounding the exile itself and how this second generation lived it.

Key words: exile, second generation of exiles, Spanish civil war, María Luisa Elío, Angelina Muñiz-Huberman, Francisca Perujo

ÍNDICE

1. Introducción	1
2. Los escritores de la segunda generación de exiliados	5
3. Maria Luisa Elío	11
3.1 Vida y obra de Elío	11
3.2 El exilio en <i>Tiempo de llorar</i>	14
4. Angelina Muñiz-Huberman	25
4.1 Vida y obra de Muñiz-Huberman.....	25
4.2 El exilio en <i>Dulcinea encantada</i>	28
5. Francisca Perujo	37
5.1 Vida y obra de Perujo	37
5.2 El exilio en <i>Manuscrito en Milán</i>	38
6. Conclusiones	47
7. Bibliografía	53

1. INTRODUCCIÓN

A lo largo de los cuarenta años que duró la dictadura franquista, los escritores republicanos exiliados estuvieron totalmente silenciados en España: no se publicaban sus obras en el país, e incluso fueron borrados de la historia de la literatura española. No obstante, se mantenía la esperanza de poder volver a la patria y al lugar que merecían en la cultura española una vez finalizado el régimen. Cuando la democracia fue restaurada en España con la Transición a partir de 1975, los escritores republicanos exiliados se encontraron con el panorama desolador del olvido y la negación. La transición española, por diversos motivos, fue un proceso moderado y lento en el cual no se rescató y mucho menos se homenajeó, a todas las personas que tuvieron que huir de su país natal sin otra opción -pues no podían haber permanecido en él sin correr el riesgo de ser apresados, encarcelados o sentenciados a muerte-, incluidos los escritores republicanos exiliados. Esto no solo sucedió en los primeros años de democracia, sino que el estado de olvido permaneció inamovible:

El triunfo electoral del PSOE en 1982 no cambió mucho el ambiente con respecto a la cuestión de la recuperación de la memoria. A fin de cuentas, en el 23-F del '81 los "poderes fácticos" se habían hecho sentir directamente en el golpe de Tejero y no se consideraba prudente hurgar en viejos conflictos y enemistades cuando se trataba de solidificar la "Transición" hacia la democracia. (Blanco Aguinaga, 2002: 27)

El fin de la transición española fue olvidar el pasado en pro de un futuro pacífico y democrático, por lo que los escritores republicanos exiliados permanecieron en el olvido y no fueron incluidos en la historia de la literatura española, incluso décadas después del fin del régimen:

Si bien resulta lógico que, durante los largos años del franquismo, los críticos literarios peninsulares dedicaran escasa atención a esta obra (cuya circulación en España, de todos modos, estaba prohibida, en la mayoría de los casos, por la censura), menos entendible resulta ver que, unos treinta años después de la muerte de Franco, este capítulo de la historia nacional aún sigue relegado a un apéndice, cuando no al olvido, en los principales manuales literarios. (Valender, 2006: 16)

La transición española buscaba difuminar la línea divisoria entre las dos Españas: la republicana y la franquista. Reconocer, por lo tanto, una literatura española de exilio era entregar terreno a los republicanos, por lo que no se llevó a cabo y se decidió por el olvido de esa literatura y, por consiguiente, de la memoria histórica de todos los españoles, especialmente de aquellos que tuvieron que exiliarse de España.

Con los años se ha abierto un campo de estudio de la literatura española de exilio, aunque éste es aún muy pobre si lo comparamos con cómo se han estudiado los diferentes movimientos y generaciones literarias españolas. Si las obras de los que se exiliaron siendo escritores reconocidos como Rafael Alberti han sido olvidadas a partir de 1936, la segunda generación de exiliados no ha tenido prácticamente cabida en el estudio académico español: son muy pocos los estudios académicos españoles sobre la segunda generación de escritores exiliados. Podemos encontrarlos con mayor facilidad en los países sudamericanos que acogieron a estos escritores y que fueron el hogar para los escritores de la segunda generación y, aún así, los estudios de la literatura de exilio no se pueden considerar abundantes, por lo que este trabajo se ha realizado con una bibliografía limitada y, habiendo diferencias considerables entre los estudios publicados sobre las diferentes autoras.

El presente ensayo tiene como objetivo realizar un análisis de la literatura nacida en el exilio: tanto de la influencia como del tratamiento del exilio en los escritores de la segunda generación de exiliados, centrándonos en las escritoras María Luisa Elío, Angelina Muñiz-Huberman y Francisca Perujo. Las obras seleccionadas para dicho análisis son *Tiempo de llorar*, de la escritora perteneciente a esta segunda generación, María Luisa Elío; *Dulcinea encantada*, de la escritora Angelina Muñiz-Huberman y, por último, *Manuscrito en Milán*, de Francisca Perujo. Por tanto, este trabajo estará dividido en cuatro partes principales: una primera parte, más breve, en la que se expondrá un marco teórico sobre el exilio y la segunda generación de exiliados: en qué circunstancias crecieron y se criaron los hijos de exiliados de la Guerra Civil española en México y cómo el exilio estuvo presente en sus primeros años de vida. Las tres restantes partes estarán dedicadas a cada una de las tres

escritoras y estarán divididas de la misma manera en un análisis de la vida de las mismas como hijas de exiliados, de su obra en general en relación con el exilio y seguidamente en el análisis detallado de las obras seleccionadas antes mencionadas sobre el influjo y el tratamiento del exilio en las mismas.

Con este trabajo se pretende arrojar luz sobre la literatura nacida del exilio: colaborar en el estudio académico de los escritores de la segunda generación de exiliados españoles, dar a conocer sus obras y entender cómo el exilio marcó tanto sus vidas como su obra literaria.

2. LOS ESCRITORES DE LA SEGUNDA GENERACIÓN DE EXILIADOS

Cuando pensamos en los escritores españoles exiliados que tuvieron que huir de España durante o después de la Guerra Civil española, inevitable y mayormente acuden a nuestra mente nombres como Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti, Pedro Salinas o María Zambrano, entre muchos otros. No obstante, a pesar de que un número considerable de escritores republicanos exiliados ha sido generalmente conocido -aunque, a mi parecer, no han recibido el reconocimiento y el sitio en la historia de la literatura española que, probablemente, se merecían- existe otro grupo ligado al exilio que, desafortunadamente, se ha visto prácticamente olvidado: éste es, el grupo de escritores de la segunda generación de exiliados. Esta segunda generación está formada por los hijos de los exiliados españoles que, bien nacieron en España y a corta edad llegaron al exilio, como es el caso de María Luisa Elío o Francisca Perujo; o bien nacieron cuando sus padres ya estaban en el exilio, como, por ejemplo, es el caso de la escritora Angelina Muñiz-Huberman, que nació en el exilio francés.

Un gran número de exiliados emigraron a América, especialmente a México. Los exiliados republicanos fueron muy bien acogidos en este país, ya que el presidente Lázaro Cárdenas les abrió las puertas y se les facilitó instalarse y crear una nueva vida, aunque pensaran que fuera una provisional. Como es en México donde crecieron las autoras que vamos a analizar, en este ensayo nos vamos a centrar únicamente en el crecimiento de la segunda generación de exiliados en este país.

Aunque la mayoría llegaron a cortas edades al país adoptivo, la característica que une a los escritores de esta segunda generación es que se sienten igual de exiliados que sus padres; el exilio y todo lo que conlleva, se impregna en ellos y, en consecuencia, en sus obras. Se puede decir, por lo tanto, que esta segunda generación hereda, de alguna forma, el exilio y que comparten el sentimiento que el mismo provoca a pesar de que muchos no tenían recuerdos de la patria, de España. Juan Antonio Godoy recoge en su tesis doctoral, la cual versa sobre esta segunda generación de escritores, cómo se desarrolló el crecimiento de estos niños, poniendo énfasis en la herencia del exilio:

Las creencias izquierdistas de los familiares de los niños de la guerra y la defensa de la libertad de estos marcaron profundamente a esta generación de jóvenes cuyo sistema mental para interpretar la realidad fue, en parte, heredado de sus padres y, en parte, cimentado en las bases del exilio y en una maduración demasiado temprana. (Godoy, 2019: 77)

Los pertenecientes a la segunda generación de exiliados salieron de España a cortas edades, siendo bebés, niños o adolescentes, por lo que se criaron y se formaron como personas en el exilio, siendo el mismo exilio el centro de sus vidas. Como Eduardo Mateo dice en su trabajo, lo que une a todos los escritores de la segunda generación es “el hecho básico de heredar el exilio de sus padres y no renunciar a él” (Mateo, 2013: 68). Esta herencia se produjo por la transmisión de padres a hijos tanto de las experiencias vividas, como del amor a la patria perdida y la esperanza del retorno: la idea inamovible de que ellos eran españoles, que les habían arrebatado su hogar y que algún día volverían. No solo la condición y sentimiento de exilio de sus padres influyó en ellos, hubo más aspectos en su crecimiento que estaban ligados al exilio de igual manera. Godoy resalta en su tesis la forma de vida que crearon los exiliados españoles en México ya que, debido a las esperanzas de volver a la patria, formaron, de alguna forma, un mundo o un círculo solo para ellos, lo que inevitable e indudablemente influyó en el crecimiento personal de los niños de la segunda generación y marcó sus relaciones con el exilio:

La idea del regreso se convirtió en un obstáculo que, en un principio, entorpeció la configuración de la identidad de los niños, pero que, a largo plazo, dio origen a una configuración identitaria distinta (...) Tanto es así que, en los primeros años, estos solo se movían en círculos de exiliados. Especial mención merece el caso de México que creó una España republicana dentro de México, aislando así a los niños. Esta España disponía de sus propios cafés en los que se reunían los exiliados, de sus propios centros de reunión y de sus propias escuelas, por las que pasó la mayoría de miembros de la generación hispano-mexicana. (Godoy, 2019: 99-100)

En relación con la educación que recibieron los niños -y futuros escritores- de la segunda generación de exilados, Enrique de Rivas, perteneciente a la segunda generación de españoles exiliados, cuenta que los exiliados republicanos fundaron colegios en México a partir de 1940, como fueron el Colegio Madrid, el Instituto Luis Vives o la Academia Hispanomexicana y fue en estos colegios “donde se fue forjando la personalidad de los poetas de esta segunda generación” (de Rivas, 2013: 27). Aparte de contar con profesores mexicanos para asignaturas como, por ejemplo, Historia Mexicana, la mayoría de los profesores de estos colegios eran estudiosos republicanos españoles, algunos incluso habían combatido en la Guerra Civil. Muchos, además, eran catedráticos y habían enseñado en universidades españolas. De Rivas también cuenta que los profesores de estos colegios “estaban imbuidos del espíritu de renovación con sus raíces en la Institución Libre de Enseñanza” (de Rivas, 2013: 27), modelo educativo de la República. En consecuencia, además de ser hijos de exiliados españoles, esta segunda generación también recibió, a su vez, la formación académica de estudiosos republicanos con base en el tipo de educación que se impartía en la República antes de la Guerra Civil.

Es precisamente en este ambiente académico en el que la segunda generación de exiliados comenzó a desarrollar sus dotes literarias: se crearon numerosas revistas literarias y periódicos, donde se publicaron los primeros textos de esta segunda generación, como por ejemplo las revistas *Presencia* o *Eureka*. Existió un fuerte movimiento literario entre la segunda generación, el cual se vio influenciado por el exilio, pues es lo que marcaba la identidad de todos ellos, era lo que les unía.

Aunque todos crecieron asumiendo, seguramente inconscientemente, la condición de exiliados, su relación con esa condición fue madurando con su crecimiento: es cierto que heredaron el exilio siendo niños, que crecieron en un ambiente en el que el exilio fue el eje central y que se vieron influenciados en su infancia y adolescencia por las ideas políticas de sus progenitores y profesores, pero, a medida que la segunda generación fue creciendo, fueron tomando consciencia de su condición de exiliados, como expone Godoy:

Una vez que muchos de estos niños consiguieron distanciarse de sus

padres y fueron encontrando, lentamente, su propio espacio personal y su propia identidad, sí podemos afirmar que se produjo un proceso de politización, correspondiente a una etapa ya más madura, que comienza especialmente alrededor de los años 60 y se acentúa tras la muerte de Franco. (Godoy, 2019: 94)

Este proceso de politización, que puede entenderse como inevitable, se refleja en las producciones literarias de la segunda generación. Las obras literarias de estos escritores recogen una visión íntima y personal de lo que el exilio había hecho a sus vidas, a sus familias y a ellos personalmente.

Escribir sobre el exilio y sobre la experiencia de este no puede desligarse de una cierta politización, pues el exilio sufrido por esta segunda generación y, obviamente, por la primera tuvo razones expresamente políticas. Además, tras la restauración de la democracia en España, el olvido de los exiliados en la península también era un hecho, o decisión, política. Por lo tanto, nos encontramos con una generación a la que fue arrebatada su infancia, su vida familiar e incluso su identidad -crecieron añorando una patria de la que no tenían demasiados recuerdos y, a la misma vez, no pudieron identificarse con el país de acogida, a causa de la esperanza del retorno-, que no fue reconocida por ese país por el que lloraron durante todo su crecimiento y parte de su vida adulta, incluso, una vez terminada la dictadura, que les alejó del mismo en primer lugar.

Por todas estas razones, podemos entender el proceso de politización de la segunda generación y que sus obras literarias se creen con tonos políticos. Los escritores de la segunda generación encuentran en la literatura la vía para denunciar lo sufrido, aunque también para, de alguna forma, reconciliarse con su pasado e, incluso, su presente, para buscar una identidad propia, como es el caso de María Luisa Elío, como veremos en los siguientes capítulos. La obra literaria de la segunda generación de exiliados, sin embargo, no se usa como arma política, sino, por un lado, como una forma de que lo vivido por todos esos niños, que se convirtieron en adultos, no cayese en el olvido, como parecía estar sucediendo en España y, por otro lado, como una manera de intentar de curar las heridas que había producido el exilio, a veces con éxito y otras sin él. De esta forma, el exilio se convierte en el centro de la

literatura de esta segunda generación y une a los escritores integrantes de la misma.

Sin embargo, ¿el hecho de que les una la identidad de exiliados quiere decir que deban considerarse un grupo literario *per se*? Les une la experiencia de crecer en el exilio: todos los ideales que sus padres les inculcaron, la educación recibida de parte de sus profesores exiliados en los colegios, sus experiencias propias y las de sus familias y ese sentimiento de pérdida de la patria. No obstante, a pesar de tener un origen común y de que la identidad de estos autores esté marcada por el exilio, cada uno desarrolla su obra de manera diferente. Los autores de la segunda generación de exiliados españoles varían, no solo en la temática de sus obras, también en estilos y géneros literarios, a pesar de que la influencia del exilio en sus obras marque las mismas. Como explica De Rivas:

Su nacimiento como poetas tuvo un lugar común y unas circunstancias comunes, en cuanto a lugar de nacimiento (España), guerra, expatriación y escuelas; y quizás también fueron en común sus “salidas” al mundo de la creación poética; pero a partir del final de los años de adolescencia y primera juventud que ocupa la década de los años 1940 a 49 ó 50, la obra de cada cual adquiere características diferentes. (De Rivas, 2013: 31)

Aunque De Rivas se refiera solo a los poetas, podemos extender esta explicación a todos los escritores de esta segunda generación. Todos parten del mismo sitio, que es el exilio presente en su día a día, por lo que las primeras obras de esta segunda generación van a ser bastante similares entre sí, pero después la literatura de cada uno de ellos se va a desarrollar de manera diferente y se puede considerar la obra de cada uno de estos autores como única e irrepetible y, sobre todo, muy personal e introspectiva. El ejemplo de esta disparidad entre los estilos y la manera de afrontar el exilio en sus obras lo tenemos con las tres autoras que vamos a estudiar en este trabajo, tanto en su obra literaria completa como en las obras seleccionadas.

3. MARÍA LUISA ELÍO

Para poder entender mejor la obra seleccionada que se va a analizar en este capítulo, la cual es *Tiempo de llorar*, es necesario conocer parte de la vida de su autora. A pesar de que los escritores de la segunda generación exiliados en México se criaron de forma similar, cada una de sus vidas tuvieron unas circunstancias diferentes, especialmente antes de llegar al país adoptivo. El caso de María Luisa Elío difiere de las otras dos autoras que vamos a analizar debido a las edades tan diferentes que tenían cuando estalló la guerra y en el momento de exiliarse. El caso de Elío resalta en este trabajo ya que era consciente de lo que dejaba atrás cuando huyó con su familia de España. Al ser, además, *Tiempo de llorar* una obra autobiográfica, considero de suma importancia conocer los detalles de la vida de Elío para poder llevar a cabo un mejor análisis de la obra.

3.1 Vida y obra de Elío

María Luisa Elío nació en Pamplona en 1926 en el seno de una familia adinerada y con buena posición social. Su padre, Luis Elío Torres, tenía parentesco con los Duques de Elío y el Conde de Guendulain y era considerado uno de los mayores terratenientes de Navarra. Por su lado, la madre de María Luisa Elío, Carmen Bernal López, procedía de una familia acomodada de Madrid que tenía lazos familiares con la reina de Bélgica, por lo que gozaba igualmente de estatus social. En cuanto a la ocupación de ambos progenitores, Luis Elío era Juez municipal de Pamplona y presidente de los Comités Paritarios y Carmen Bernal se ocupaba de la casa familiar con ayuda de los empleados domésticos. A pesar de provenir de familias conservadoras, la familia Elío Bernal se caracterizaba por su tendencia liberal y republicana, por lo que fue en este ambiente donde se criaron María Luisa Elío y sus dos hermanas, Carmen y Cecilia, hasta la sublevación de 1936. (Godoy, 2019: 184)

Como cuenta Godoy en su tesis doctoral, las ideas liberales de la familia llevaron a Luis Elío a repartir su patrimonio de Barañáin (Navarra) entre los habitantes del pueblo. Este hecho hizo que lo tildaran de comunista y, por consiguiente, que fuera apresado en 1936 por los sublevados (Godoy, 2019:

185) Desde el momento de su detención pasaron tres años hasta que el padre de la escritora volviera a reunirse con su familia y ese periodo de tiempo no fue fácil ni para él ni para el resto de la familia. Luis Elío consiguió escapar poco después de su detención, pero tuvo que estar escondido durante tres años, hasta 1939. Mientras tanto, en 1936, después de la detención de Luis Elío, Carmen Bernal huyó de Pamplona con sus tres hijas con intención de cruzar la frontera hacia Francia, pero fueron detenidas por el ejército falangista y retenidas tres meses en Elizondo. Cuando consiguieron librarse del apresamiento, estuvieron un tiempo más en España, en Valencia y Barcelona, hasta que consiguieron llegar a París, donde se reencontraron con Luis Elío ya en 1939. (Godoy, 2019: 185) Unos meses más tarde ya en 1940, la familia Elío Bernal dejaría Europa y marcharía para México, donde vivirían, sin saberlo ni ser conscientes en ese momento, el resto de sus vidas.

El periodo de tiempo transcurrido entre 1936 y 1939 fue para la familia Elío Bernal, por lo tanto, traumático; sobre todo, para María Luisa Elío y sus hermanas, que aún eran menores de edad. El hecho de pasar tres años sin noticias sobre su padre, incluso recibiendo la -falsa- noticia de que había muerto, dejar su casa, su vida, sus amigos, su hogar de repente, ser apresadas y la continua huida a la que se enfrentaron durante todo ese periodo de tiempo marcó sus vidas profundamente, como se puede apreciar en *Tiempo de llorar* ya que para la autora el exilio comenzó en el momento de dejar su hogar y su vida familiar. Los meses que pasaron apresadas en Elizondo también forman parte de *Tiempo de llorar*, al igual que los recuerdos que la autora mantenía de su estancia en Francia. En suma, a pesar de que dejaran España en 1939, el exilio empezó, para Elío, en 1936, en el momento de dejar Pamplona. Además, las experiencias de esos tres años elevan la carga del trauma del exilio, como veremos en el siguiente apartado.

Una vez instalados en México, en 1940, la familia Elío Bernal comenzó su vida -aparentemente provisional- en el país americano. María Luisa Elío comenzó a asistir a uno de los colegios fundados por los exiliados republicanos, que hemos visto en el capítulo anterior, para los hijos de éstos, que fue el colegio Juan Ruiz de Alarcón, en México D.F. En sus años en el colegio comenzó a interesarse por el teatro, lo que más tarde se convertiría en

parte de su vida, llegando a actuar en obras y entrando en el mundo intelectual de México, participando, además, en películas y colaborando con periódicos. (Godoy, 2019: 1987)

Es en 1959 cuando comienza a escribir *En el balcón vacío*, obra escrita para el cine y cuya película se filmó entre 1961 y 1962. *En el balcón vacío* fue coescrita por Elío y su marido, Jomí García Ascot, quien se encargó de la dirección de esta. La cinta narra los recuerdos de los años de la Guerra Civil española de Gabriela Elizondo, personaje ficticio que puede representar a la segunda generación de exiliados: Gabriela, como la autora de la obra, es exiliada en México y llegó al exilio siendo niña, aunque mantiene los recuerdos de la patria y de la huida nítidos. Ya en esta primera obra de la autora, expresa los sentimientos que le produjo el exilio de ella y su familia y, a pesar de que lo haga a través de un personaje ficticio y con hechos también ficticios, la historia de Gabriela Elizondo es, en general, la misma que la de Elío.

En 1970 Elío decide volver a España, acompañada de su hijo Diego, que por aquel entonces contaba con seis años. Este viaje, este regreso a la patria, quedó más tarde recogido en el relato corto *Tiempo de llorar*, escrito en 1988. Esta segunda obra, a diferencia de *En el balcón vacío*, está escrita en primera persona y es en su totalidad autobiográfica. Elío vierte sus recuerdos, sus pensamientos, sus sentimientos, su dolor, provocados por el exilio, como analizaremos en el apartado siguiente.

En 1995 Elío publica su última obra, *Cuaderno de apuntes*, un conjunto de relatos - que serían publicados en España junto a *Tiempo de llorar*, bajo el título *Tiempo de llorar y otros relatos*- escritos en primera persona también y en los que encontramos referencias a la guerra y al exilio de diferentes formas. Ya el primer relato de este conjunto, titulado *Locura*, contiene el siguiente párrafo: “Ahí han sido matadas muchas gentes, ahí los niños se han muerto de hambre, ahí han sido separados padres, madres e hijos. De ello ya me habían contado. Cuántas horas, cuánto tiempo estuve esperando a que me llegara el turno. Sí, aún lo recuerdo.” (Elío, 2002: 107) Lo que menciona en este extracto está relacionado con la Guerra Civil: se presenta como un recuerdo de la guerra, de situaciones vividas, cargado de dureza: la muerte y lo que se siente en una situación así.

Aunque en los siguientes relatos no hay una mención tan directa al exilio o a la guerra, la autora deja ver en la mayoría una nostalgia por la vida antes del exilio, los recuerdos que se acumulan en su mente, los sentimientos producidos por esa nostalgia. Los relatos de *Cuaderno de apuntes*, no obstante, son menos crudos que los que encontramos en *Tiempo de llorar* a la hora de hablar del exilio y de las experiencias traumáticas y también menos directos. Elío esconde en *Cuaderno de apuntes* sus sentimientos y la pérdida de su vida de la mano del simbolismo, como por ejemplo en el relato *El botón*, en el cual la narradora del relato está buscando un botón, que puede representar su vida familiar antes del exilio. “¿y el botón, dónde está? ¿Dónde está todo? (...) Si lo encontrara. Lo pondría en mi mano izquierda, que tataría muy suavemente con la derecha y me sentaría a llorar.” (Elío, 2002: 143)

María Luisa Elío solo escribió estas tres obras antes de su muerte el 17 de julio de 2009 en México D.F. A pesar de que su obra literaria se divide tan solo en tres trabajos, ésta tiene un gran peso en la literatura de la segunda generación de exiliados. Elío consiguió expresar con palabras su dolor y todo lo que, sobre todo interiormente, le produjo el exilio, tanto a ella como a su familia. El exilio marcó su vida y, de la misma forma, fue el centro de su obra literaria. Nunca volvió definitivamente a España, finalmente hizo de México su hogar, pero, como puede verse en sus obras, Elío siempre fue exiliada y siempre lloró por lo perdido en 1936 en Pamplona.

3.2 El exilio en *Tiempo de llorar*

En *Tiempo de llorar* nos encontramos con un relato muy personal sobre el volver del exilio. María Luisa Elío narra su vuelta a Pamplona desde México, después de la muerte de sus dos progenitores y treinta años después de exiliarse de España con su familia. Elío vuelve a Pamplona con su hijo Diego, de seis años, para cerrar el círculo, como dice en numerosas ocasiones a lo largo de la narración. Este relato se muestra lleno de recuerdos, recuerdos de la propia Elío de Pamplona y su vida familiar antes de la guerra, también recuerdos de la guerra y del exilio. *Tiempo de llorar* es una ventana a los sentimientos más profundos de la escritora, en la que muestra miedo, enfado y dolor y en la que habla desde su experiencia.

Tiempo de llorar se construye sobre la necesidad de la propia autora de reconciliarse con su propia historia y con sus recuerdos. El primer párrafo del relato ya pone de manifiesto el tono general del mismo:

Y ahora me doy cuenta que regresar es irse. Es decir, que volver a Pamplona es irse de Pamplona. Al fin voy a volver donde las cosas no están ya. He vivido en el mundo de mi propia cabeza, el verdadero mundo quizá y contando poco con el mundo exterior. Ahora al fin me atrevo a regresar donde la gente ha muerto. Por eso sé que regresar es irse, irme. (Elío, 2002: 19)

Con este primer párrafo, Elío muestra la importancia que tiene Pamplona en su vida y en la historia de su vida. Recordemos que Elío deja su ciudad natal siendo niña y que no vuelve a ésta hasta treinta años después de dejarla. Durante todos esos años, la ciudad navarra ha sido, de alguna forma, mitificada, idealizada, es el lugar de su familia, de su origen. Para Elío, se forma en su cabeza como ese lugar en el que era feliz con su familia, en el que todo estaba bien. Durante treinta años, ese recuerdo de esa Pamplona vive en su cabeza, donde la ciudad permanece intacta, tal como la dejaron al irse. Al volver, la ciudad ya no es la misma. Esto no se debe a aspectos físicos, sino que la vida que conocía Elío allí ya no existe, como las personas de su vida: “regresar donde la gente ha muerto”, ya no están. Esto es, quizás, lo que más afecta a la autora al volver. La muerte, tanto física como metafórica, de su vida en Pamplona, su vida pasada:

Ahora ya podía volver y tenía la certeza, con solo mirar el letrero, que la gente estaba muerta. Sabía que yo ya no vivía ahí, sabía de papá y mamá y sabía que no pasearía con mis hermanas. Hasta creo que sabía de mí, María Luisa, muerta también. Estaba muerta porque yo era un yo sin nada. me habían quitado el pasado. (Elío, 2002: 22)

Al exiliarse, el exiliado no solo deja atrás un país, deja atrás una vida entera, un hogar. Pamplona se presenta en *Tiempo de llorar* como la representación de esa vida antes del exilio. No es solo una ciudad, por lo que realmente no se puede volver, pues no se puede volver atrás en el tiempo. Elío

muestra que, al irse de la ciudad, al perder Pamplona, perdió su vida, quizás, lo que podría haber sido, sin la traumática experiencia del exilio. Elío, por tanto, da a la palabra muerte varios significados. Trata por igual la muerte física, como la de sus padres, como la muerte metafórica, la suya y es algo que se repite a lo largo del relato: “Están también mamá y mis hermanas. La sensación que da la foto es que están todos muertos” (Elío, 2002: 29) Treinta años antes le habían quitado su hogar y los recuerdos de toda una vida que debería de haber construido en él. Al volver, tiene que enfrentarse con esta pérdida, una vez más.

En *Tiempo de llorar*, Elío enlaza el exilio con el sentimiento de pérdida de sus padres, aunque sus muertes sucedieran años después del exilio en sí: “Papá y mamá que ya no estáis en ninguna parte, ¿os encontraré aquí? Iré a casa, andaré por las calles y ¿estaréis ahí?” (Elío, 2002: 24) El exilio se conecta con la rotura de la familia de Elío: sus recuerdos de una vida familiar feliz se concentran en Pamplona. Al dejarla, los recuerdos son traumáticos: la huida, la experiencia que sufrieron con su padre y el exilio. El exilio, para Elío, por tanto, se muestra en *Tiempo de llorar* como el arrebató de esa felicidad familiar; perder Pamplona, perder su hogar. Volver a Pamplona, no obstante, se muestra también como un segundo trauma, pues la autora tiene que enfrentar la pérdida otra vez: “Aquí, en España, no están muertos. Lo están en México. El recuerdo de ellos en Pamplona es de ellos vivos y nadie me lo cambiará” (Elío, 2002: 41) En el exilio el recuerdo de la vida antes del mismo se mantiene intacto, idealizado, como en una burbuja. Volver de él es otro golpe que el exiliado recibe, pues, el escenario, que en este caso es Pamplona, ha cambiado. En el exilio Elío mantiene vivos a sus padres a través de los recuerdos de Pamplona. Al volver a la ciudad, se enfrenta con el hecho de estar en ese mismo escenario sin ellos. Lo mismo sucede con los lugares que antes eran el centro de su vida y ahora le son lejanos, como por ejemplo su casa familiar, de la que ve el balcón desde la casa de unos amigos y manifiesta:

El balcón estaba vacío. Quedó vacío dentro de mí y ahora está vacío ante mis ojos. Más que vacío, ahora, al poder mirarlo, muerto. Es un asombro

que no importa, un asombro que se parece al que sentimos cuando vemos a alguien muerto que queremos con toda el alma. (Elío, 2002: 45)

Al usar la metáfora del balcón vacío, título de su primera obra, la autora manifiesta que en ella también contaba su historia, aunque fuera a través de un personaje ficticio. Elío lleva a cabo una personificación tanto de Pamplona como de su hogar e incluso de sus recuerdos. La pérdida de todos ellos, por tanto, se siente como la pérdida de un ser querido. La familia Elío llegó completa a México, a pesar de los traumas de los años de la guerra, de haber estado separados, la familia consigue reunirse y vivir durante años en el exilio, pero el exilio es una pérdida en sí y Elío, en *Tiempo de llorar*, muestra el dolor por la misma, incluso un duelo que ha durado treinta años y que sigue doliendo y parece que nunca dejará de doler.

En *Tiempo de llorar*, Elío muestra, también, las cartas que escribió durante su viaje a Pamplona a sus dos hermanas, quienes estaban en México. En la primera carta que envía a sus hermanas, Elío reconoce: “Sé que es resucitar a nuestros padres. También sé que no es más que un lugar. Estoy cansada y tengo miedo. Por otra parte, también sé que mirando las cosas así, solo así -y pienso hacerlo- podré encontrarlo; si es que hay algo que encontrar.” (Elío, 2002: 26) Existe un fuerte deseo de encontrar, quizás, la paz; de entender lo sucedido, de no seguir sintiendo todo el tormento que el exilio produjo en sus vidas, exterior e interiormente. Dice que “no es más que un lugar”, pero para ella representa el exilio y todo lo que vino después, la rotura de su familia y su vida tal y como la conocían. En otra de las cartas, Elío les dice a sus hermanas: “Me daba cuenta de que conforme pasaban los días mi infancia se me iba fugando sin precisarlo tan bien como lo hacía en México. Era entonces cuando tenía una enorme urgencia de acostarme, para poder buscar el recuerdo en la cama” (Elío, 2002: 52) Continuamente nos encontramos con el hecho de que los recuerdos de infancia de Elío son para ella algo tangible, algo que guarda como un tesoro y que representa su vida antes del exilio, donde los ha mantenido como parte de su identidad. Al volver para enfrentarse a, en cierta manera, su realidad, éstos se difuminan y se siente aún más perdida.

Aunque el exilio no se nombre apenas de forma directa en el relato, está presente de forma constante ya que es un relato sobre volver del exilio. Este volver del exilio no solo es algo literal, Elío volviendo a Pamplona, sino que también se presenta como un viaje interior de la autora, tal vez, para reconciliarse con el exilio. Elío muestra este viaje interior a través de la muestra de sus sentimientos con una sinceridad abrumadora: “El dolor vuelve a ser ahora demasiado grande. Todo es dolor y se empieza a transformar en odio. Un dolor y un odio que no sé dónde colocar.” (Elío, 2002: 35) El exilio y, sobre todo, todo lo que provocó para Elío, que aunque era aún una niña, tenía suficiente edad para ser consciente de lo que estaba pasando y para mantener esos recuerdos, se ve representado o tratado en *Tiempo de llorar* como una explosión de todos estos sentimientos guardados dentro de la propia autora durante treinta años, treinta años que duró su exilio, hasta que decidió volver a España, a su ciudad natal, para hacer, de alguna forma, frente al propio exilio y a todos esos sentimientos, a su historia personal y familiar.

Cuando dice, “pienso si habrá niños tristes como lo soy ahora” (Elío, 2002: 60), hace referencia a su generación, la segunda generación de exiliados, que dejaron su hogar siendo niños. El hecho de que se refiera a su yo adulto como una niña aún, evidencia que, para ella, nunca dejará de ser esa niña que dejó su hogar corriendo, huyendo, con su familia. El trauma provocado por el exilio es demasiado grande y está enraizado en ella como parte de su ser. Elío muestra en su relato la narración del intento de sanar esa herida.

Justo antes de decidir volver a México, la autora reflexiona: “poder regresar, el pensar que se estaba regresando a Pamplona, resultaba perturbador. Regresar a Pamplona siempre sería regresar a lo imposible, porque no había regreso que me hiciera regresar totalmente” (Elío, 2002: 72). La autora acepta que lo que perdió en 1936 no lo puede volver a recuperar y que la pérdida de la patria impuesta por el exilio no es solo la pérdida de un lugar, como es Pamplona, sino la pérdida de una vida que no va a volver nunca más. El volver a Pamplona físicamente se presenta como la realidad de que no puede volver a *su* Pamplona, porque ya no existe, porque no es un lugar, es una vida que ya pasó. Al tomar la decisión de volver a México y comunicárselo

a sus hermanas, piensa: “He pasado la noche intranquila, siempre con el temor de no llegar al lugar donde una quiere, de no poder volver a donde una quiere y de no poder conocer ese especial lugar que una quería” (Elío, 2002: 77). Este pensamiento, o sentimiento, está impulsado por el exilio, pues es precisamente su mayor temor lo que provoca el exilio, no poder estar, no poder volver al lugar donde una quiere. Al final del relato, Elío acepta:

Viví veinte años con miedo y luego seguí así, siempre con miedo; un miedo que no tenía motivo para estar ahí, pero que estaba y no había manera de luchar contra él, porque no tenía forma: no sabía a qué correspondía, casi me había acostumbrado a él, casi se había hecho forma de vida, o un reflejo... ese continuo sobresalto. (Elío, 2002: 95)

Nuevamente, se muestra que el exilio ha permanecido inamovible en Elío, el exilio y sus consecuencias, el miedo, el sentirse perdida, el querer buscar algo y no saber el qué, aunque se pueda intuir que es la búsqueda de una razón o de una reconciliación, incluso de toda una vida que parece y en cierto modo es, perdida a causa del exilio, puesto que son dos vidas diferentes; la de antes del exilio y la de después. La autora lo ilustra hablando del día que murió su padre:

Pienso en la añoranza que de Pamplona tuvo que haber tenido en ese momento. El poder sentir la satisfacción de la infinita protección de entonces; la nostalgia actual de ella. Pasaron veinte o treinta años antes de que muriera, no sé cuántos exactamente, pero el anterior papá ya había muerto. Sólo lo reencontraría, con su infinita belleza, con su perfecta cara de estar en el el lugar que le correspondía, el día en que murió. (Elío, 2002: 91)

Elío muestra en su relato cómo el exilio ha sido parte de toda su vida, el daño que le ha causado, todas las consecuencias. El tratamiento del exilio en *Tiempo de llorar*, por lo tanto, se concentra en los sentimientos y recuerdos de su autora: lo reconstruye de manera muy personal, íntima e introspectiva. No obstante, no solo encontramos en el relato de Elío el dolor causado por lo

perdido, el regresar del exilio y el enfrentarse a él: la autora también recoge en su relato las experiencias vividas después de dejar Pamplona y antes de llegar a México, dándoles la importancia que merecen en la reconstrucción de su historia, para poder sanar las heridas: “Debo hacer paso por paso lo que hicimos durante la guerra al escapar de Pamplona.” (Elío, 2002: 61). En este momento, el relato se torna, quizás, más político, pues narra los hechos acontecidos durante los tres años desde que la familia Elío Bernal dejó Pamplona hasta que dejaron Europa. Y estos hechos ocurrieron mientras estaban huyendo, mientras no sabían dónde estaba su padre y mientras la propia Elío, sus hermanas y su madre estuvieron presas por las tropas falangistas.

No comprendo por qué han detenido a papá, siempre oí decir que era muy bueno. También había oído decir que era de izquierdas y que eso no se lo perdonaban. No es que yo supiera muy bien lo que eran las izquierdas o las derechas, pero sí empezaba a darme cuenta. Me di cuenta al ver cómo perseguían a ese hombre por los tejados, me di cuenta cuando se escondió y una mujer gritó diciendo en dónde estaba. También me doy cuenta ahora que quieren matar a mi padre. ¿Matar a papá? Entonces en mi cabeza de niña se hizo claro quiénes eran los buenos y quiénes los malos.” (Elío, 2002: 61-62)

Elío va dando forma en la narración a cómo la situación del país fue formándose, a su vez, en su cabeza, siendo una niña. Como ella dice, no sabía nada de política, pero sabía que su padre era de izquierdas y que solo por eso lo querían matar. Del mismo modo sabía que habían tenido que dejar Pamplona, su hogar y que por eso habían llegado a su situación vital. Elío mezcla en la forma de narración la voz de su yo adulta y presente con la voz de su yo niña. De esta forma, consigue que el lector entienda los procesos mentales de una niña para comprender la situación que ella y su familia estaban viviendo. Incluso, se puede percibir un tono ingenuo en la forma de contarle, acorde a la mirada de una niña pequeña, como por ejemplo el siguiente extracto, en el que introduce con aparente naturalidad un suceso que realmente la marcó de por vida:

Nos dirigimos a los autobuses que nos llevarían lo más cerca posible de la frontera con Francia. Es el mismo que hoy tomo con mi hijo para llegar hasta Elizondo, lugar en donde estuvimos detenidas tres meses, lugar donde mataron al preso que llamaban el rojo. Yo lo miro detrás de las rejas y él me sonrío. Le he conseguido un cigarrillo, se lo llevo al día siguiente, pero lo han matado. ¡Ah!, mi amigo ya no estás, te voy a recordar toda mi vida y, cuando sea mayor, sabré cómo te llamas y dónde te dejaron. Por eso estoy aquí. (Elío, 2002: 63)

Hay varios puntos para destacar de este párrafo. Como Elío lo escribe desde la perspectiva de su niñez, del momento del suceso, hace referencia al apodo *el rojo*, como si fuera un apodo como otro cualquiera y no el que se usaba para denominar a los republicanos o la gente de izquierdas. La ingenuidad infantil le hace creer que, en algún momento, cuando “sea mayor”, podrá saber su nombre y saber dónde lo dejaron, dónde lo enterraron. ¿Cómo iba a imaginar una niña la cantidad de personas que fueron asesinadas durante aquellos años? ¿Cómo iba a imaginar una niña la existencia de las fosas comunes, de la imposibilidad de encontrar a las personas, a los cuerpos, incluso décadas y décadas después?

Elío decide escribir este párrafo desde esa perspectiva para que podamos entender lo que fue vivir la experiencia de la guerra y el exilio, siendo una niña. Más adelante, el relato muestra la realidad, pues Elío y su hijo van al cementerio de Elizondo en busca de la tumba del preso: “Prácticamente había recorrido todo el cementerio cuando me vi al lado de una cosa enorme de concreto, sin forma de lápida ni de cripta y sin inscripción alguna. Me quedé paralizada ante eso sin decidirme a entender. ¡Dios mío!, la fosa común” (Elío, 2002: 69). Cuando Elío vuelve a Pamplona es en el año 1970, por lo que Franco seguía en el poder, treinta años después de finalizar la Guerra Civil. La fosa común seguía sin ninguna inscripción y Elío resalta este hecho. No puede saber cómo se llamaba *su* preso, no sabe siquiera si realmente está en esa fosa común, pero entiende que sí. De esta forma, Elío muestra que la herida sigue abierta, tanto en ella misma como en la memoria histórica, pues personas asesinadas por su ideología política seguían, tres décadas después,

enterradas en una fosa común sin nombre. En *Tiempo de llorar* este preso se presenta como todos los presos fusilados en aquellos años: “Perdona que no pueda llamarte por tu nombre, creo que tienes todos los nombres de la tierra.” (Elío, 2002: 69)

Tras volver de Elizondo a Pamplona y a medida que su viaje se iba acabando y debía volver a México, más recuerdos llegan a la mente de Elío y los expresa en el relato. Como con Elizondo, estos recuerdos ya no solo se conforman de la vida feliz en Pamplona, sino de los años después de dejarla: “Barcelona, ¿Julio de 1937? “Por qué me vendrá ahora esto a la cabeza?” Cada vez tiran más bombas y dicen que dentro de poco no habrá qué comer - ya no hay leche ni carne-. Ayer cayó una bomba en la puerta de casa, pero no explotó.” (Elío, 2002: 83) Toda la experiencia vivida después de dejar Pamplona se resume como un trauma para la autora. Las bombas, el hambre, el frío. Aun así, Elío no da tanta importancia a la guerra si lo comparamos con la importancia que le da y también de qué manera le afectó, dejar Pamplona, como ella misma explica:

Casi todo lo pienso como si fueran los pensamientos de otra persona, me parece raro que se trate de algo que viví yo. Sin embargo, no hago más que pensar en la guerra, aunque no creo que me afectara tanto, más que nada fue el cambio y el tener que estar sin mamá. Estoy segura de que me fue más difícil después, en los internados de París. Es ahí donde sentí que nunca nada sería igual y en parte no estaba falta de razón. (Elío, 2002:85)

Elío tiene recuerdos de la guerra, de cómo lo vivieron, pero para ella, como dice, parece que esos recuerdos no son propios. Esto hace una gran contraposición a su forma de recordar su infancia en Pamplona y a los sentimientos que le produjo dejar la ciudad. El mayor trauma, la mayor herida, de la autora recae en el exilio, más allá de la guerra y más allá de la huida: en el sentimiento de que perdía una vida que ya no iba a poder recuperar y, al final, en la realidad de la pérdida. No obstante, los recuerdos de la guerra siguen presentándose en el relato:

La última época en Barcelona fue atroz: hambre, frío y bombardeos y sin embargo seguíamos ahí, nunca sabré por qué. Se pensaba que mi padre había muerto (yo no), eso le habían asegurado a mamá. (...) Me acuerdo cuando nos fuimos para Francia, faltarían unos tres meses para que la guerra terminara. Creo que ahora mi tristeza era peor, era como desconocida. “Me parece que voy a hacer un gran esfuerzo para no recordar nada de lo que pasó”, porque desde entonces tuvo más fuerza el dolor que yo, tanta que ni siquiera sé bien lo que era yo fuera del dolor. (Elío, 2002: 86-87)

La tristeza a la que hace referencia cuando dejan España y se van a Francia, que dice creer que era peor, puede que fuese causada por el hecho de dejar el país y el sentimiento, como ha dicho anteriormente, de que nada volvería a ser igual. Mientras que la guerra llega un momento en el que termina, el exilio es permanente. Las heridas de vivir una guerra, no obstante y como muestra Elío, son también para siempre y hacen el dolor más profundo, más intenso y más traumático.

Al final del relato, Elío vuelve a México y muestra un tono esperanzador para consigo misma que se traslada inevitablemente al lector. Cuando aún está en el avión, los pensamientos que le cruzan la mente sobre su vida en México y, sobre todo, sus hermanas, son los siguientes: “Ellas y mi hijo, mi hijo y los amigos: la verdad es que sí había motivo por el cual vivir. [...] Ahora volveríamos a estar juntas y yo debía encontrar la forma de vivir tranquila con mi hijo, tenía que encontrar una cierta paz” (Elío, 2002: 94). Buscar esa paz, reconciliarse con su historia y aceptar la misma es por lo que Elío hace el viaje a Pamplona en primer lugar. La ciudad había sido durante treinta años su referente de hogar, a pesar de no haberla pisado durante todo ese tiempo.

En el final de *Tiempo de llorar*, la autora reconoce a México, lugar donde ha crecido, como casa: “Y ahora estoy aquí, con mi hijo apoyado en mis piernas esperando que pasen unos minutos para estar de regreso en lo que, quizá por primera vez, llamo casa.” (Elío, 2002: 96) Cuando llega a México, su familia y sus amigos los están esperando: “Aquí estáis. Gracias. Recuerdo a mis hermanas, a mis sobrinos; recuerdo a cada uno de mis amigos... (...) Ya nos habíamos abrazado todos y teníamos que irnos María Inés se acercó a mí.

“¿A casa, María Luisa?” “A casa, Manés.” (Elío, 2002: 97) Al final, Elío reconoce el hogar donde están su familia y sus amigos, que es México. El hogar que fue Pamplona, donde ya no queda nadie, no es más su hogar, aunque viva para siempre dentro de ella y, de la misma forma, el exilio siempre sea parte de ella.

4. ANGELINA MUÑIZ-HUBERMAN

Como anteriormente hemos hecho con Elío, es imprescindible conocer la historia de Angelina Muñiz-Huberman para entender su obra. En este caso, no solo su historia, sino la de sus antepasados. La obra literaria de Muñiz-Huberman es mucho más extensa que la de Elío, pero, como la de ésta última, el exilio es el centro. Muñiz-Huberman, sin embargo, va más allá de hablar de su propia experiencia y desde un yo como exiliada, sino que usa el concepto de “nosotros, los exiliados” y es de suma importancia conocer su historia para comprender su literatura.

4.1 Vida y obra de Muñiz-Huberman

Los padres de Angelina Muñiz-Huberman huyeron a Francia tras el estallido de la Guerra Civil española, en 1936. El 29 de diciembre de ese mismo año nace en Hyères, al sur del país gallo, la autora. La familia Muñiz-Huberman se instala poco después en París, donde el hijo mayor de la familia muere a la edad de seis años. En 1939, los Muñiz-Huberman viajan hasta Cuba debido al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, donde permanecen hasta 1942, año en el que se mudan y se instalan en México, cuando la escritora contaba con seis años (Castilleja, 2015, 21-22). Nacer en el exilio y los cambios de residencia que marcaron su vida durante los primeros años de ésta formarán parte, paradójicamente, de la identidad de la propia autora: el eterno exilio, el peregrinaje, el largo camino. A pesar de que, a partir de 1942, cuando la autora tenía seis años, la familia se queda de forma permanente en México y que Muñiz-Huberman es considerada mexicana, la autora, debido a las circunstancias que rodearon los primeros años de su vida, abraza -o acepta- su condición de exiliada y hace de ella el centro de su obra.

El exilio de la obra de Muñiz-Huberman, no obstante, no solo referencia a aquel de los republicanos españoles, sino que alberga un significado más, digamos, universal y viene dado por la ascendencia judía de la autora, que hereda por parte materna. La escritora conoce esta herencia de boca de su madre, que se lo “confiesa” siendo Muñiz-Huberman aún una niña. La herencia judía sefardí de la autora, por tanto, se une a la condición de exiliada

republicana y el exilio en sí se convierte en una fuerza para ella. En palabras de Eduardo Mateo Gambarte: “el exilio, más que inspiración, es su vida y su literatura. Como una niña con dobles orígenes, desterrada por la guerra Civil y la tradición sefardí de la familia de su madre, el exilio conduce su palabra creadora” (Mateo, 2014: 41). De esta forma, Muñiz-Huberman erige su obra literaria sobre el exilio, desde una infinidad de perspectivas y con un sentido que va mucho más allá del exilio republicano.

Con una carrera muy prolífica como escritora, su obra literaria alberga más de cincuenta obras, entre las que podemos encontrar ensayos, novelas y poesía. Obras diferentes entre sí, pero con el rasgo común del exilio. Alicia Rico lo explica:

En su obra, los diferentes exilios se entrecruzan o se superponen, multiplicándose los significados del término como se observa en el ensayo *El canto del peregrino: hacia una poética del exilio* (2003). En este recoge sus consideraciones sobre varios exilios: el bíblico: la expulsión de Adán y Eva del Paraíso; los que marcan la historia de España: el de la expulsión de los judíos que culmina con el decreto de los Reyes Católicos en 1492 y el de los republicanos tras la Guerra Civil; así como los de los judíos que abandonan Europa durante el siglo XX, debido al antisemitismo reinante. (Rico, 2015:48)

Todos estos exilios se entremezclan en su obra literaria. El exilio, para Muñiz-Huberman, fluye por ella misma al igual que por la historia, que hace, de alguna manera, suya, al tratarse de la historia de sus antepasados y por la religión, con la que hace lo mismo. En sus obras, el exilio se muestra unido a ambos conceptos y forma un concepto, o varios conceptos, del exilio en sí.

Sus obras, además, cuentan con memorias -y pseudo-memorias- de la autora, se complementan con partes de su vida y partes que son productos de la inventiva. Por ejemplo, en su novela corta *Dulcinea encantada*, publicada en 1992, a través de la técnica de la corriente de la conciencia, encontramos a una narradora, que se llama a sí misma Dulcinea, la cual es exiliada en México, de la segunda generación, nacida en Francia también, pero la cual ha vivido una experiencia que difiere de la vivida por Muñiz-Huberman: la narradora fue

mandada a Rusia por sus padres poco después de exiliarse, donde vivió en un centro internacional para niños en su misma situación y llega a México siendo adolescente. Aunque Muñiz-Huberman mezcla ficción con realidad respecto a su propia vida en sus obras, su forma de expresarse desde la condición de exiliada es real y propia:

Ahora lo comprendo. El fin del mundo ocurrió para mí antes. Ocurrió en mi infancia, cuando mis padres me enviaron a Rusia, cuando acabó la guerra, cuando llegué a México y me esperaba, para el resto de mi vida, una tarjeta de identificación que nadie habría de olvidar, aunque yo quisiera olvidarla. Sería para siempre exiliada, sin patria ni acomodo. Exiliada, fuera de lugar, tolerada, nunca integrada. (Muñiz-Huberman, 2016)

El exilio, para Muñiz-Huberman, se presenta como parte de su identidad, es algo intrínseco en ella, por haberlo vivido y, sobre todo, por haberlo heredado. La herencia del exilio también se hace eco en su obra. En *Dulcinea encantada*, el tono con el que trata el exilio heredado es de reproche y enfado: “Nunca se había visto un exilio heredado, un exilio condenado. Porque tus padres sí eran exiliados y sí tenían razón para pensar en España. Su crueldad fue transmitirte su fracaso y su desengaño. Querer que tú siguieras defendiendo su inestabilidad y su vacío.” (Muñiz-Huberman, 2016) Sin embargo, también se puede encontrar la aceptación del exilio, la aceptación de esta herencia, de las vivencias, no solo de sus padres, sino de los republicanos que sufrieron en la guerra y, después, el exilio:

Todo el daño me lo hicieron en mí. La guerra fue en mí. La destrucción fue en mí. Las granadas, las bombas y Guernica fueron en mí. Las casas destruidas, los cuerpos sin vida, fueron en mí. El padre que caminó kilómetros con el cadáver de su hijo en brazos y que atravesó la frontera y que el perro lo seguía, fue en mí. Las mujeres de negro fueron en mí. La muchacha ametrallada en la carretera y su bicicleta tirada a un lado, fue en mí. (Muñiz-Huberman, 2016)

Esta dualidad está presente en casi toda la obra de Muñiz-Huberman. El tratamiento del exilio en su trabajo está lleno de perspectivas diferentes, de entresijos y relaciones entre su experiencia, la experiencia general, la historia, la religión: y el exilio siempre en el centro de todo. Aceptó su condición de exiliada y también intentó contar las virtudes de esta. El exilio trasciende en la obra de Muñiz-Huberman más allá del republicano, aunque éste sea, en el fondo, el protagonista.

4.2 El exilio en *Rompeolas: Poesía reunida*

Muñiz-Huberman recoge en *Rompeolas: Poesía reunida* una antología de su obra poética desde 1982 hasta 2011. Al ser una antología muy extensa, nos vamos a centrar en el conjunto de poemas titulado *Vilano al viento. Poemas del amor y del exilio*, de 1982, el cual está formado, en parte, por poemas sobre el exilio; y en su poema en prosa *La sal en el rostro*.

Podemos decir que lo más característico de los poemas de *Vilano al viento* es que la poeta muestra una recurrencia a la desesperanza provocada por el exilio, por lo que es esta desesperanza la reinante en todos los poemas de este conjunto. El tratamiento del exilio en la obra poética de Muñiz-Huberman se presenta con rasgos, podemos decir, más generales: apenas incluye experiencias personales, se centra más en crear una imagen sobre qué es el exilio, qué significa ser un exiliado y sus consecuencias interiores y habla de un “nosotros”, como exiliados, más que de un “yo”. Otra característica de la obra poética sobre el exilio de Muñiz-Huberman, que ya ha sido mencionada en el apartado anterior, es que no solo se centra en el exilio republicano español, sino que sus poemas sobre el exilio se extienden a todos los exilios de la historia, pasados, presentes, de diferentes países, culturas, religiones. Hace del exilio el centro de su obra y en su poesía alza la voz por todos los exiliados.

En su poema *Después de la muerte*, habla de la muerte y de un “él” que, presumiblemente, es el dictador Francisco Franco, aunque no lo nombre directamente, lo que da cierto tono o sentido político a la composición: puede ser interpretada como un reproche por cómo fueron - y siguen siendo- tratados los exiliados republicanos en España. El poema trata de verbalizar el

sentimiento de tantas personas que, esperando un cambio tras la muerte del dictador, se encontraron con un silencio:

Después de la muerte no quedó nada
Para nosotros era tarde
No tañía la campana
No vibraba el cristal
El dolor no dejaba de doler.
Antes de que él muriera
fuimos muriendo
por mares y caminos.
Él murió en su tierra.
(...)
Que lo entierren en el Valle de los Caídos
tampoco importa ya
(...)
Quedamos solos, después de todo
sentados en la orilla del camino
todavía esperando
todavía esperando.
(Muñiz-Huberman, 2012: 44)

Al hablar de nosotros, Muñiz-Huberman hace referencia a todos los exiliados republicanos españoles, todos los exiliados que, a diferencia de “él”, no murieron en su tierra, sino en el exilio. Al decir que “no queda nada”, muestra tan solo la desesperanza que permanece, incluso después de la muerte del dictador, pues ellos ya fueron muriendo antes y después no fueron bienvenidos de vuelta en su país tal como se merecían. La indiferencia del lugar de enterramiento del dictador Franco solo muestra la desesperanza que existe en Muñiz-Huberman, como si todo estuviera perdido y ya no importase, aunque importa y por eso lo menciona. El final del poema, diciendo que están solos, se refiere a que, al llegar la democracia a España, ellos siguieron olvidados. El final, el hecho de que repita “todavía esperando”, aunque se pueda interpretar como un halo de esperanza a que las cosas cambien, también se puede interpretar como una alusión al cansancio de llevar esperando más de cuarenta años para volver a España y tener un

reconocimiento y el lugar en la historia que se merecen y que todavía no les han dado. Es decir, toda una vida esperando a la justicia.

En *El largo camino*, Muñiz-Huberman hace referencia al exilio como un camino que nunca acaba, que nunca llega a su fin. Estar exiliado es estar fuera de casa, en un largo camino.

El exilio
Siempre el exilio
En el centro
el exilio
(...)
Tu oficio es caminante
¿Lo recuerdas?
Ya tu madre caminaba
contigo adentro
(...)
Prisionero sin cárcel
(...)
Peregrino
(...)
Era el largo viaje,
las horas encerrado ya libre
Era la huida,
el campesino muerto,
el guerrero olvidado,
los cadáveres desparramados,
los niños sin sangre.
(Muñiz-Huberman, 2012: 46-47)

Este poema se caracteriza por una dureza abrumadora. Hace varias referencias al ser un exiliado, como caminante, peregrino, prisionero sin cárcel. Cuando habla de la madre, hace referencia al exilio heredado, como ella, que nació en el exilio, al igual que cuando habla de los niños sin sangre, los niños sin patria, sin el lugar de sus ancestros, sus orígenes. También podemos encontrar en este poema a las víctimas del exilio republicano español; exiliados, huidos, campesinos, guerreros y niños sin sangre, en referencia a que les han arrebatado sus raíces, puesto que les han arrebatado su patria.

Esta desesperanza se hace eco en todas las piezas del poemario de 1982. Muñiz-Huberman trata de recalcar que el exilio es el final y también, de alguna forma, el centro de sus vidas, aunque hayan pasado décadas.

El exilio heredado se presenta nuevamente en el poema *Éxodo*, en el cual el título ya hace referencia a la historia del pueblo judío sefardí:

Porque caminé y caminaste,
aún antes de haber nacido
y todavía después de muerto
(...)
Porque salí y saliste
de tierra propia a extraña.
Porque aún no conocíamos la propia
y aprendimos todo en la extraña.
(...)
Y cuando quisimos,
por lo menos
tener un recuerdo,
sólo recordamos
que no habíamos traído
ni un solo recuerdo.
(Muñiz-Huberman, 2012: 48-49)

La autora nació en el exilio francés y lejos de que este hecho le aleje de sentir la pérdida de la patria, la acerca aún más: para la escritora, su tierra propia es España y la extraña es donde creció. No obstante, el final del poema es una referencia a su situación de exiliada: ella no tiene ningún recuerdo de su patria, pues no la llegó a conocer. Este poema trata el exilio, no solo de los que tuvieron que exiliarse siendo adultos, sino de todas las generaciones que vinieron después y que nacieron en el exilio pues la tierra de sus ancestros era otra y era tierra que había sido arrebatada. De alguna forma, heredaron el exilio. Muñiz-Huberman vuelve a usar el “nosotros” en *Éxodo*, como en la gran mayoría de sus poemas sobre el exilio. Además, la referencia al exiliado como caminante también la podemos encontrar en este poema.

En el poema *Vilano al viento*, hace referencia otra vez al exilio heredado:

Como no tengo raíces
no me entierro
(...)
Si no tengo raíces
es que no tengo tierra.
Porque toda la tierra no es nada.
Si no tengo tierra
es que no tengo país.
No tengo país,
no tengo tierra, no tengo nada.
(...)
Desterrada aún sin haber nacido
ni siquiera me queda el recuerdo,
ni siquiera puedo rebuscar en mi memoria
ni un olor, ni un sabor,
ni un murmullo de no sé qué aguas cadenciosas,
ni un color, ni una forma,
ni paisajes, ni ciudades, ni calles.
(Muñiz-Huberman 52-53)

En este poema la herencia del exilio se hace más evidente, pues lo nombra de forma continua y explícita. El hecho de haberse criado en una tierra que no era la de sus padres le hace sentir como si no fuera la suya tampoco, el hecho de haber crecido con la identidad de exiliada, con el exilio como el centro de su vida, sin tener recuerdos de la patria que ha perdido, pues no la llegó a conocer, desemboca en una sensación de crisis identitaria: al no tener recuerdos de la patria, no tiene nada a lo que recurrir ni siquiera en su pensamiento y en su interior.

El último poema del conjunto de Exilio de *Vilano al viento* se llama *Reconciliación* y, con él, la autora cierra este tema del exilio no solo en el poemario, también parece que internamente:

Y sin embargo
durante años
creer en el olvido,
en la tierra perdida

en el mar que lloraba,
en la imagen sellada.
Hasta que ya no se puede más
Porque un día ya no se puede más.
(...)
Y ese día,
ese día
aceptas el paisaje.
(Muñiz-Huberman, 2012: 55)

Sin embargo, no es una aceptación de lo ocurrido como tal, sino que el cansancio emocional que provoca la situación y todo lo que conlleva, te lleva a un punto en el cual aceptas la misma.

La sal en el rostro es un poema en prosa, de carácter narrativo, escrito en 1998 y en el que trata el exilio no solo de forma personal, del exilio vivido por ella, también, como en toda su obra, añade a otros exiliados en la expresión de su experiencia:

Recogí en el abismo de la memoria
y en el hueco de la mano
el peso del exilio.
Sumé en mí los exilios.
La gota de amor
que resbala del exilio.
Es verdad que
nacé en el exilio,
viví en el exilio,
amé en el exilio.
(...)
Fue mi vida.
Pero fue también
la vida de otros.
(Muñiz-Huberman, 2012: 207)

Podemos decir que, en *La sal en el rostro*, Muñiz-Huberman resume su relación con el exilio, puesto que hereda el exilio de sus padres; como ella dice, nació y vivió en el exilio, por lo que fue su vida. Y es cuando amplía el sentido y

dice que también fue la vida de otros, de tantos exiliados. De esta manera, pone el exilio en el centro de su poema, de este poema y amplía su sentido a todos los exilios. No obstante, en este poema Muñiz-Huberman entrelaza el motivo del exilio y el motivo del amor, pues el mismo parece estar dedicado a alguien a quien ella ama y va saltando entre las palabras de amor y su experiencia del exilio y, a su vez, las mezcla de manera magistral, como si el exilio estuviera tan impregnado en ella que fuese imposible de separar al mismo de otros aspectos de su vida, como puede ser el amor, una relación amorosa. Además, en este poema, la autora pasea por muchos otros temas, como son la historia, la religión, nombra en numerosas ocasiones a Dios y pasajes bíblicos, a Adán y Eva, etc. También los entremezcla:

El día que reclame el exilio.
El día que diga que el exilio es mío.
La historia de mi pueblo
es la de los exilios
y los amores de Dios.
Y de mi amor por ti.
Hierosolimitano.
Me acostumbré tanto a no tener tierra
que me cuesta trabajo decir nosotros.
Pero sí,
también soy nosotros.
Aunque sea un nosotros
desperdigado a los cuatro vientos.
(Muñiz-Huberman, 2012: 244)

De esta forma, Muñiz-Huberman crea un nosotros, nosotros como exiliados, como grupo y, lo más importante, como identidad. No tienen tierras, no tienen patria, pero existe un nosotros, al que la autora recurre. El exilio es mío, la historia de mi pueblo, todo eso conduce a la, tal vez, apropiación del exilio para poder llegar a aceptarlo o entenderlo.

Por lo tanto, en *La sal en el rostro* Muñiz-Huberman no solo habla del exilio sufrido por los españoles republicanos, también otros exilios. La autora, como hemos dicho anteriormente, descendiente de judíos, nombra también el

exilio que sufrieron los judíos a lo largo de la historia, incluso remontándose cinco siglos atrás:

Es verdad que hacia 1492 no salí al exilio,
sino casi quinientos años después.
Casi quinientos años después en que
los padres de los padres de los padres
de los padres de mis padres
se escondieron, huyeron,
se disfrazaron, escaparon,
pero no murieron.
No murieron,
porque aquí estoy yo.
Esperaron.
Esperaron.
Esperaron.
(Muñiz-Huberman, 2012: 253)

La herencia del exilio de Muñiz-Huberman no solo procede de nacer en el exilio español republicano, sino que proviene de sus ancestros, de generaciones y generaciones exiliadas, de su pasado judío sefardí. Ella toma esta herencia con orgullo y ensalza a sus ascendientes por, de alguna forma, resistir al exilio. Más adelante, el tono sobre el exilio cambia: “Exilio más poderoso que la muerte. Sí, los exiliados han muerto. Han sido enterrados, uno por uno, a lo largo del camino que no se acaba. Todos con un nombre que siempre era el mismo: exiliados.” (Muñiz-Huberman, 2012: 287) En estos versos encontramos que la autora manifiesta la pérdida de identidad individual cuando se es exiliado y es simplemente la de exiliado tu nueva identidad. El camino que no se acaba puede hacer referencia al exilio, que igualmente, no acaba nunca: aunque el exiliado pueda volver a su país, siempre será un exiliado, pues la experiencia del exilio te marca. Y, aún después de la muerte, el exiliado sigue siendo exiliado. Pregunta, varios versos después, “¿Has olvidado alguna vez el exilio?” (Muñiz-Huberman, 2012: 291) y, después, la autora se auto-contesta con un “No.” El exilio no se olvida porque forma parte de la identidad de los exiliados, como se ha dicho con anterioridad. Muñiz-

Huberman trata al exilio como una condición de su ser, como algo inseparable de sí misma, de ellos, de todos los exiliados: de su historia, de sus ancestros. Y a veces lo trata con dolor y otras el tono cambia.

Acercándonos al final del poema, encontramos estos versos:

Bendito exilio.
Siempre en mí.
¿Cuál es tu nacionalidad?
Ahora lo sé.
Exiliada.
Rama de cerezo en tierra ajena.
Eso es el exilio.
¿Y cuál es tu país?
Ahora lo sé.
Exilio.
(Muñiz-Huberman, 2012: 300)

En estos versos parece que podemos encontrarnos con una aceptación de su identidad como exiliada, como si lo llevara por bandera, pero ya en los últimos versos del poema, vuelve la desesperanza que era característica del conjunto de *Vilanos al viento*, hablando de un exiliado, pensando en su vida:

¿En verdad entendería?
No, no lo creo.
Porque yo no he entendido.
Yo no he entendido nada.
Nada.
(Muñiz-Huberman, 2012: 306-307)

Con este final, todo lo declarado anteriormente en el poema se difumina, su declaración de amor al exilio, el parecer aceptar su identidad de exiliada, al final del poema carece todo de sentido. El exilio no tiene ninguna razón de ser, ni se puede comprender. Es una injusticia que el exiliado lleva consigo toda su vida, puesto que, aunque el exilio tenga un fin, realmente no lo tiene nunca. Aunque el exiliado pueda volver, nunca volverá, no realmente.

5. FRANCISCA PERUJO

Como se ha mencionado en la introducción de este trabajo, la obra seleccionada de Francisca Perujo para analizar es *Manuscrito en Milán*, un conjunto de poemas publicado en 1985 que versan, mayoritariamente, sobre el amor y entre los cuales el exilio sobresale por el dolor y la crudeza que reflejan. Como en los capítulos anteriores hemos hecho con Elío y Muñiz-Huberman, éste último capítulo estará, de igual manera, dividido en dos partes: una pequeña biografía de la autora será la primera parte, para poder entender la obra analizada en la segunda parte.

5.1 Vida y obra de Perujo

Francisca Perujo nació en Santander en 1934. A causa de la Guerra Civil española, la familia Perujo huye de España y en 1939 llega a México, donde se instalarían en México D.F. La autora comenzó a asistir al colegio Luis Vives, para hijos de republicanos españoles. Después del colegio, Perujo ingresó en la Universidad Nacional Autónoma de México. Tras graduarse en Historia, la autora realizó un doctorado en Letras. Su formación académica es muy importante para entender su trayectoria en la literatura, la cual es muy breve, pues, como veremos más adelante, solo publicó una novela, *Pasar las líneas*. *Cartas a un comandante* (1977) y los poemarios *Manuscrito en Milán* (1985) y *El uso de la vida* (1992). Sin embargo, fue en el ámbito académico donde Francisca Perujo despuntó, siendo traductora de numerosas publicaciones y participando en publicaciones académicas de gran importancia.

Perujo, por lo tanto, se adentró en el mundo académico más que en el literario. Tras doctorarse en la Universidad Nacional Autónoma de México, trabajó durante un tiempo para la Dirección General de Publicaciones de esta universidad. (Ibarra y Masera, 2017: 129) En 1964 comenzó a vivir entre México e Italia, país por el que sentía gran devoción. Aurora Díez-Canedo escribe en su ensayo sobre la carrera académica de la autora que Perujo “mantuvo un interés constante por la relación entre la cultura hispano-mexicana e Italia” (Díez-Canedo, 214) y que realizó la traducción de un número considerable de publicaciones académicas de distintos idiomas, como el

italiano, el inglés y el francés, al español. También tradujo libros literarios, como por ejemplo *De la poesía*, de Eugenio Montale o *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*, de Juan Rulfo. Además de su trayectoria como traductora, Perujo publicó tres libros académicos en la Universidad Nacional Autónoma de México. La autora centró su vida profesional en el mundo académico, con una trayectoria muy extensa, dejando poco espacio a su carrera literaria.

Pasar las líneas. Cartas a un general se publicó en 1977 y fue su primera obra literaria. Es una novela corta de corte romántico, que se presenta como el diario de una mujer que escribe para su enamorado. Aunque la Guerra Civil española está presente en la obra, el exilio no tiene presencia. Godoy dice de ella que “es una obra totalmente ficticia y sin ningún rastro de escritura biográfica en ella” (Godoy, 2019: 109) Sin embargo, en su segunda obra, *Manuscrito en Milán*, publicada en 1985, nos encontramos con un conjunto de poemas en los que el exilio sí toma parte, al igual que su propia experiencia con él, como veremos en el siguiente apartado. Su tercera y última obra, *El uso de la vida*, de 1992, también es un poemario.

Perujo tuvo una prolífica carrera académica y una vida llena de experiencias más allá del exilio; tradujo obras de distintos idiomas, fijó su residencia en otro país (Italia) que no era ni el suyo natal, ni el suyo adoptivo. Fue una gran historiadora y un personaje importante en el mundo académico. Lo que diferencia a Perujo de Elío y Muñiz-Huberman es que no hizo del exilio el centro de su obra, ni literaria ni académica. No obstante, aunque la presencia del mismo sea muy escueta en su ya corta obra literaria, el peso del motivo del exilio recae en la manera en la que hace poesía con él. Perujo aborda el exilio en *Manuscrito en Milán* con mucha fuerza, no solo desde su experiencia, sino desde la de todos aquellos que sufrieron, como veremos a continuación:

5.2 El exilio en *Manuscrito en Milán*

En el poemario *Manuscrito en Milán* nos encontramos, sobre todo, con poemas de amor. No obstante, el exilio está también presente en esta obra de Perujo. La experiencia de la guerra, el exilio, e incluso el olvido que vino después - y sigue latente - de todos los republicanos que murieron y que

tuvieron que huir de su patria se refleja y toma el control, de forma evidente, en los tres poemas que vamos a analizar en este apartado.

El primer poema se titula *Herencia compartida*. Solo el título del poema ya es una declaración: Perujo, perteneciente a la segunda generación de exiliados, se hace eco de la herencia del exilio y no solo del exilio, también de la experiencia de la guerra:

Mi padre, aquel mar, no volvió a verlo.
A Guernica ¿podrán cambiarle el nombre?
-Veníamos andando desde Málaga
-decía la anciana-
y en el puente de Motril
- sabe... las bombas-
muchos se ahogaron.
(Perujo, 1985: 29)

La primera estrofa del poema arranca con la declaración de que su padre huyó de España y no volvió -o no pudo volver- nunca más. Las memorias de aquellos que vivieron la guerra cogen fuerza con, quizás, uno de los momentos más impactantes de la Guerra Civil española, que fue el bombardeo de Guernica y los recuerdos de una anciana, que parece que titubea, sobre el camino de huida y los que no lo consiguieron. El poema se torna más duro:

Los meandros del Ebro hoy tienen fecha
y guardan nombres.
Hay tapias de cementerios que todavía rezuman.
¿Quién pasará por Badajoz
sin sentir aquel acre olor en el aire?
(Perujo, 1985: 29)

Los nombres guardados en el Ebro, de aquellos que murieron. Las tapias de cementerios, que guardan -aún hoy en día- fosas comunes. Mi interpretación es que Perujo podría querer denunciar con “todavía rezuman” que, en 1985, cuando la democracia ya estaba restaurada en España, esas

fosas comunes aún estaban olvidadas. Al nombrar Badajoz, hace referencia a la conocida como masacre de Badajoz, que tuvo lugar en agosto de 1936 en la ciudad extremeña, en la que los sublevados asesinaron a entre 1800 y 4000 republicanos y que fue mundialmente conocida por su brutalidad. Perujo pregunta por la ciudad, como preguntando quién puede olvidar lo sucedido.

En las siguientes estrofas, Perujo introduce el exilio y, sobre todo, la herencia de este:

Me decían que había nacido en una ciudad lejana,
más allá del océano,
pero, ¿cómo era el muelle del que hablaban,
las calles, cada casa?
Y, ¿el refugio a donde iba corriendo
la mano en la mano del abuelo?
Cerca de San Francisco.

Para siempre el aguijón de la sirena,
erizando la piel,
para siempre en la carne, en plazas soleadas,
mucho más tarde.
(Perujo, 1985: 29-30)

Perujo llegó al exilio a la edad de cinco años. Sus recuerdos, por lo tanto, se presentan difuminados y confusos. Como hemos visto en el primer capítulo de este trabajo, los niños que crecieron en el exilio se criaron con un recuerdo constante de su condición de exiliados. Perujo dice que “le decían” dónde había nacido, pero que ella no lo recuerda. Al hablar del recuerdo de un refugio, que es presumiblemente la mano de su abuelo, apela a vagos recuerdos que realmente enlazan con los sentimientos de familia y pertenencia, para luego recalcar en el dolor que la experiencia del exilio provoca, que permanece para siempre, aunque el tiempo pase.

En las últimas estrofas del poema, Perujo hace referencia a los republicanos huyendo de España, hacia el exilio:

A los muelles de Alicante la primavera
llegaba con la brisa.

Había gaviotas.
El sol calentaba los cuerpos.
Milicianos en jirones, civiles en harapos
quemaban noche y día los ojos
-lo que les quedaba-
traspasando el horizonte mediterráneo
un punto
un barco
única esperanza.

Los otros venían de tierra adentro.
Ellos los conocían.
Muchos prefirieron el mar sin barcos.

¿Olvidar?
¿Qué?
(Perujo, 1985: 30)

El puerto de Alicante se convirtió en el último sitio seguro para los republicanos en la Guerra Civil, donde éstos intentaban huir en barco hacia el exilio. Los milicianos, los civiles: los republicanos, en un estado lamentable, seguían luchando por su vida y por su libertad, intentando huir al exilio; como dice Perujo, su única esperanza. Cuando nombra a “los otros”, se refiere a las tropas falangistas, que llegaban y muchos republicanos prefirieron tirarse al mar y morir ahogados, que caer presos o asesinados por los falangistas.

El final del poema tiene una fuerza especial, aunque solo sean dos palabras. Pregunta, ¿olvidar?: ¿cómo pueden olvidarse todos los hechos acontecidos? Cuando este poema fue publicado, la democracia española tenía muy poco tiempo de vida, pero el suficiente para recordar y buscar justicia, para poder encontrar la paz, sobre lo sucedido. En mi opinión, Perujo formula esa, aparentemente simple, pregunta para denunciar precisamente el olvido, tanto a los exiliados como a los fallecidos, que estaba teniendo lugar en España. La última palabra del poema, también en pregunta, puede interpretarse, seguramente, de varias formas, pero voy a destacar la que, en mi opinión, me parece la más probable:

Ese último verso, con una sola palabra, en interrogación, puede interpretarse como un qué de incredulidad: ¿cómo vamos a olvidar?, ¿cómo podéis olvidar? El poema se hace eco de varios de los hechos más sangrientos - y mediáticos- de la Guerra Civil española, como fueron el bombardeo de Guernica, la masacre de Badajoz y la llegada de las tropas falangistas a la última vía de escape de los republicanos. Se hace eco del exilio, de la herencia de este y ese dolor, producido tanto por la experiencia de la guerra como por la del exilio, que es para siempre. ¿Cómo se puede, simplemente, olvidar todo eso? Pregunta Perujo. Es imposible.

La herencia compartida es, además del exilio, la memoria de todos estos hechos históricos y dolorosos, que la segunda generación de exiliados republicanos cargó en sus espaldas, todos, de igual manera. Para Perujo, esos acontecimientos son su herencia. Pero no es solo suya, sino de todos los españoles, por eso es compartida. Ella no recuerda nítidamente su infancia, ni su patria, pero alza la voz para, quizás, buscar justicia y luchar contra el olvido. Su herencia, por lo tanto, es también la lucha.

El segundo poema que vamos a analizar en este apartado se titula *Primera Memoria* y versa sobre la segunda generación de exiliados españoles. Con el título, hace referencia a la infancia, a los primeros recuerdos de vida, la “primera memoria”. En la segunda estrofa del poema pone de manifiesto los sentimientos de esta segunda generación, derivados del exilio y de su herencia:

Nos acosan heroicos dolores.
Una palabra,
un nombre,
nos ponen en los ojos
imágenes de vidas que no hemos conocido.
Vuelve la angustia vieja
de la violencia niños.
Miedos que en la inconsciencia
acaso no lo eran.
Miserias cotidianas,
ignorados caminos.
(Perujo, 1985: 31)

El capítulo del presente trabajo sobre cómo se criaron los niños de la segunda generación de exiliados hace hincapié en que estos niños crecieron con el exilio como el centro de sus vidas, con un recordatorio constante de su condición de exiliados y de lo que sus padres y abuelos habían pasado. Perujo parece recriminar precisamente eso, en cierto modo, en esta estrofa, al usar el verbo acosar y referirse a la conciencia de lo ocurrido como algo que les han puesto a ellos en los ojos, puesto que ellos, como dice, no lo han vivido: al igual que la vida en la patria, de la que la mayoría de estos niños no tienen apenas recuerdos. La angustia, la violencia, los miedos son cosas que los niños que llegaron a cortas edades al exilio no recuerdan y, en el caso de Perujo en México, no vivieron en su crecimiento, pues, a diferencia de otros países en los que los exiliados españoles se instalaron, en México tuvieron muchas facilidades para hacer una nueva vida. Perujo, en esta estrofa, hace una diferenciación entre la primera y la segunda generación de exiliados: los primeros sufrieron la angustia, la violencia, el miedo, los segundos la experimentaron a modo de memoria, de alguna forma, impuesta.

En la siguiente estrofa de *Primera Memoria*, Perujo sigue hablando de la segunda generación:

Perseguimos difíciles pasados.
Sentimos hoy
¿morimos?
en otros nuestro antiguo despojo.
Rapacidad probada,
hambre de cada día
¿cuáles caminos?
(Perujo, 1985: 31)

El perseguir difíciles pasados puede ser interpretado como la lucha en contra del olvido de lo sucedido, la forma en la que los exiliados mantienen presente el pasado a pesar de los años: sienten aún aquello de lo que les privaron años atrás y califica esta privación, esta pérdida, como “antigua”, para resaltar el hecho de que fue algo que sucedió mucho tiempo atrás, pero que sigue doliendo. Les robaron la patria y una vida, un hogar.

La siguiente estrofa engloba a todos los exiliados:

Para quien sobreviva
-en el lugar que fuere-
podemos decir ciertos:
lo sabemos,
el destierro es esencia,
sí,
es una condición cada día.

Pero tu cuerpo es hoy.
(Perujo, 1985:32)

Perujo habla de todos los que sobrevivieron en el exilio, en cualquier lugar del mundo y realiza una afirmación contundente, dura e incluso dolorosa sobre el ser exiliado: es algo que está contigo para siempre, como ella dice, día a día. La condición de exiliado es algo que nunca desaparece de la vida del exiliado, ni de su identidad. A pesar de los años, incluso si en algún momento puedes volver a la patria, el sentimiento del exilio y todo lo que provocó y provoca, conllevó y conlleva, se queda contigo.

La segunda generación, como se ve en este poema, hereda el exilio y lo vive y, sobre todo, lo sufre en su interior, aunque muchos no tuvieran recuerdos de la patria. Esa esencia de la que habla Perujo para referirse al destierro, al exilio, es la esencia de ellos mismos, de su herencia y de su sangre. La mente, el alma, el corazón se quedan anclados al pasado por culpa de la carga que provocó y provoca el exilio, tanto interior como exteriormente, en sus vidas y dentro de ellos y, aunque físicamente estén en el presente, como dice el último verso del poema, por dentro siempre estarán conectados al pasado a causa del exilio y todo lo que conllevó en sus vidas.

Con este poema, Perujo pone de manifiesto los sentimientos de la segunda generación de exiliados: heredaron el exilio, heredaron recuerdos que no eran propios, anhelos que no eran propios y, tal vez, dolores que, en parte, no eran propios. Pero finalmente todo era también suyo y ellos pasaron la vida sintiendo el exilio; llevando la condición de exiliados como parte de su identidad, toda su vida. Para la segunda generación de exiliados, la primera

memoria fue la del dolor, la de la consciencia de su situación y de su condición, que fue puesta dentro de ellos pues realmente no podría haber sido de otra manera, porque ésa era también su historia y, finalmente, parte de su identidad. Perujo, por lo tanto, une en *Primera Memoria* esa, digamos imposición, del exilio como factor identitario principal y la convivencia con el mismo de por vida, que tuvo que sufrir también la segunda generación de exiliados.

El tercer y último poema que vamos a analizar en este apartado se titula *Memoria Presente* y puede ser interpretado como un poema sobre lo que es el exilio y la condición de exiliada, para Perujo, en el presente. La primera estrofa es la siguiente:

Costra de despojos
la doliente ciudad
lugar de arrasamientos y botines
en pantano de olvidos.
(Perujo, 1985: 35)

La herida del exilio y del destierro aún no ha sanado. La patria sigue doliendo y sigue siendo el lugar, de algún modo, en el que el dolor se provocó. El pantano de olvidos puede referirse al hecho de que España, en el momento de la publicación de este poema, se había decidido por el olvido de lo sucedido.

En la siguiente estrofa hace referencia a la desesperanza que ha sentido y siente:

Rotos los signos encontrados
anegada la luz
atosigada nublazón de hacinamientos
-ramas enrarecidas en añosos troncos
donde eran ricas las antiguas frondas-
asfixiaron mis años de esperanzas.
(Perujo, 1985: 35)

La rotura de los signos, la “muerte” de la luz, el atosigamiento; todas son referencias al dolor, a la desesperanza. El contraste de las ramas secas del

presente con las ramas llenas de vegetación del pasado también tiñe el poema de un tono desolador, que culmina con el último verso de la estrofa, en el que directamente dice que todo lo provocado por el exilio ensombreció su vida.

La última estrofa del poema, más abstracta, prosigue con la misma temática y tono:

Semillero de intentos incumplidos
bajo los pasos del decaimiento
deambulantes tristezas
en polvo prematuro desgarradas.
(Perujo, 1985:35)

Nuevamente, hace referencia a su experiencia como parte de la segunda generación de exiliados: desde niños, desde una edad prematura, el exilio marcó sus vidas, produciendo un dolor que iba a vivir con ellos para siempre.

Se puede establecer una relación de continuidad entre los tres poemas analizados en este apartado. En *Herencia compartida*, Perujo recuerda momentos atroces de la Guerra Civil, recuerda las memorias de los exiliados que sobrevivieron y denuncia el olvido. Aunque no fueran sus recuerdos, la autora los toma como suyos, como su herencia. En *Primera memoria*, Perujo explica que esos recuerdos, ese dolor, fue puesto tanto en ella como en los niños que crecieron en el exilio, como, precisamente, una herencia y que la condición de exiliados formó y forma, parte de su identidad. La primera memoria de estos niños es la impuesta por sus progenitores y es la memoria que se queda en ellos, formando parte de ellos, anclándolos al pasado, toda su vida. En *Memoria presente*, Perujo habla sobre cómo recuerda ella sus primeros años de conciencia, cómo esa memoria “impuesta”, esos recuerdos que son su herencia, “asfixiaron sus años de esperanza”. Perujo expresa, de esta forma, lo que, en su interior, lo que, en su vida, lo que para su generación es sufrir la condición de exiliado.

6. CONCLUSIONES

La segunda generación de exiliados republicanos españoles vivió el exilio durante sus vidas, a pesar de que algunos no tuvieran recuerdos de la patria perdida, el sentimiento y la identidad de exiliados era parte de ellos pues crecieron en esas condiciones. A diferencia de la primera generación de exiliados, que tuvieron que abandonar a la fuerza su hogar siendo adultos y, por tanto, conocían un hogar, unas raíces, un origen; la segunda generación de exiliados creció sintiéndose como tal, exiliados, sabiendo desde pequeños que el lugar donde estaban no era su hogar, el hogar de su familia, sino que era, como dice Muñiz-Huberman, tierra extraña. La identidad de la segunda generación de exiliados se puede considerar, por consiguiente, más compleja de definir que la de la primera ya que éstos últimos podían aferrarse a una vida anterior, pero la segunda no. Para los de la segunda generación, ellos eran exiliados y nada más. Creciendo, además, dentro de un grupo de exiliados, recibiendo una educación específicamente para ellos como exiliados, el exilio se convierte en el centro de sus vidas. Esto se refleja en la obra literaria de los escritores de esta segunda generación. El motivo del exilio está presente en sus obras, pero el tratamiento de este es diferente. Las tres autoras que hemos estudiado en este ensayo lo confirman: el relato de Elío y la obra poética de Muñiz-Huberman y Perujo son diferentes en todos los aspectos posibles, menos en uno: el exilio es el motor de las tres obras literarias, el exilio es el que impulsa a las tres autoras a escribir, en busca de una identidad, en busca de denunciar lo sucedido, de hablar de su dolor, de la injusticia que es el exilio. Las tres escritoras lo hacen, pero lo hacen de maneras diferentes:

La mayor diferencia que podemos encontrar entre Elío y Muñiz-Huberman y Perujo es la edad a la que llegaron al exilio. Mientras que Muñiz-Huberman y Perujo no tuvieron relación física con la patria, puesto que una nació en el exilio y la otra dejó la patria siendo apenas un bebé, Elío vivió los años de la guerra y la huida al exilio entre los diez y los catorce años. Este hecho supone una diferencia abismal, puesto que Elío tenía unos recuerdos de España y de su vida en ella y, por consiguiente, un sentido de pertenencia, que nacía en ella y, realmente, no era heredado.

Es cierto que, una vez en el exilio, tampoco pudo escapar de él ni de su condición de exiliada, que fue a los colegios para hijos de exiliados y se relacionó mayoritariamente entre la comunidad de exiliados, pero el hecho de recordar y amar, por sí misma, a su patria, marca una diferencia. De hecho, el concepto de exilio heredado no tiene presencia en *Tiempo de llorar*, en contraposición a la casi constante presencia de la que goza en *Rompeolas: poesía reunida* y en *Manuscrito en Milán*. Esto nos sugiere que podemos hacer una diferenciación, dentro del grupo de escritores de la segunda generación de exiliados, entre los que llegaron al exilio siendo prácticamente bebés y los que habían vivido años en España y, por consiguiente, tenían recuerdos propios de ella.

Otra diferencia que encontramos es el tratamiento del exilio en las tres obras, que se muestra de manera totalmente diferente. Mientras que Elío escribe un relato introspectivo y autobiográfico, provocado por sus recuerdos y sus sentimientos propios, Muñiz-Huberman y Perujo parecen tomar el exilio como parte de su identidad y no realmente como una vivencia: hablan de un nosotros, los exiliados. Aún así, también existen diferencias entre estas dos autoras, puesto que, de cierto modo, analizan el mismo de forma diferente: Muñiz-Huberman navega por la historia y por la religión, como ella dice, suma en ella los exilios, mientras que Perujo se centra en el exilio republicano. De forma independiente, por lo tanto, cada autora hace un tratamiento diferente del exilio:

Elío centra su obra en el exilio: el exilio mismo está en ella como parte de ella misma y su vida ha sido regida por el mismo. Como hemos mencionado antes, la obra de Elío es introspectiva y biográfica: muestra sus recuerdos, sus sentimientos, pasados y presentes y habla solo desde su perspectiva. Al tener recuerdos de España y de su vida antes del exilio, su relación con él se presenta más dolorosa y más, incluso, personal. Su necesidad por volver a la patria nace de la necesidad de curar esa herida, de superar el trauma del exilio. Este trauma le ha hecho bloquear su vida en el exilio: Elío parece bloquear esos treinta años, casi toda su vida, que ha pasado fuera de España y retiene los sentimientos producidos por el exilio muy vivos en su interior: en *Tiempo de llorar*, la autora muestra una batalla interna por separarse del sentimiento de

hogar que le produce Pamplona y que hasta el final de su viaje no es capaz de reconocer en México.

Además de sus recuerdos, el tratamiento del exilio como centro de su obra viene influenciado por haberse criado en el exilio: sus familias no pensaron que México iba a ser su hogar para siempre, sino que mantenían la esperanza de volver a España en algún momento: es por esto por lo que fundan colegios españoles, con profesores y alumnos españoles. El exilio es una constante en la vida tanto de Elío como los demás escritores de la segunda generación durante su crecimiento y España es la patria perdida, de donde han sido exiliados. La obra de Elío muestra la desesperanza y el sentimiento de sentirse perdida debido a esta pérdida, sentimiento compartido por toda la segunda generación de escritores exiliados. *Tiempo de llorar* se muestra como una obra que desnuda la mente y el corazón de María Luisa Elío, una obra que parece estar escrita para ella misma y que decidió compartir con el mundo, tal vez, para luchar contra el olvido al que esta segunda generación se enfrentaba.

A diferencia de Elío, la cual, como hemos dicho, muestra el motivo del exilio de forma muy personal, que muestra sus vivencias, sus recuerdos y todo lo que el exilio le ha hecho sentir a ella, personalmente; Muñiz-Huberman parece alzar la voz por todos los exiliados, no solo españoles republicanos, sino todos los seres humanos que han sufrido el exilio a lo largo de la historia de la humanidad. Muñiz-Huberman une en ella los exilios y hace de ellos una identidad.

Al ser la obra de Muñiz-Huberman tan sumamente extensa, el tratamiento del exilio en ella sufre ciertas variaciones. Mientras que hay en obras en las que adopta un estilo de memorias y habla desde un yo y sobre su propia experiencia, como es *Dulcinea encantada*, hay en otras obras en la que ese yo cae en un segundo plano y la voz importante es la de un nosotros, como exiliados, como comunidad, como identidad. No obstante, el exilio heredado, los múltiples exilios, son un recurso constante en su literatura, en busca, quizás, de una identidad, tanto comunitaria como propia, o un sentido al exilio más allá del dolor y el trauma de este.

El hecho de nacer en el exilio provoca ya en Muñiz-Huberman una crisis identitaria, que se ve reflejada en su obra: se siente sin patria, sin raíces, sin sangre. Muñiz-Huberman hereda el exilio, sin, realmente, conocerlo, pues, como dice numerosas veces, no tiene patria pues ni siquiera nació en ella. Su patria, por así decirlo, es el exilio y así quiere que se quede reflejado en su obra. La autora parece sentir la necesidad de crear esta literatura de exilio que se puede apreciar en toda su obra, pues prácticamente toda ella, en su extensión, gira en torno a él. En *Rompeolas: poesía reunida*, podemos ver el rastro del exilio heredado, de su nacimiento, de sus antepasados y de sus creencias. Muñiz-Huberman se diferencia de Elío a que ésta última parece querer cerrar una herida y la primera busca una identidad y el sentimiento de pertenencia que le ha sido negado desde su nacimiento en el exilio.

Perujo, por su parte, es, de las tres autoras, la que se muestra más ajena al exilio en su carrera tanto académica como literaria. La primera la dedicó a la historia y en la segunda los temas amorosos eclipsan al del exilio. La presencia de este se puede reducir, prácticamente, a los tres poemas analizados en este ensayo, pero son tres poemas con una fuerza sobrecogedora. En solo tres poemas, Perujo es capaz de, no solo expresar sus sentimientos, sino también de relatar lo sucedido, en forma de poema. Como dijimos en el capítulo dedicado a ella, los tres poemas parecen tener una relación de continuidad: *Herencia compartida*: la guerra y el exilio, que la segunda generación no vivió pero que heredó; *Primera memoria*: los primeros recuerdos “impuestos” en esta segunda generación, que finalmente se tornan suyos en *Memoria presente*, donde ve todo con claridad, pero asume su condición de exiliada y lucha contra el olvido de lo sucedido. Perujo muestra magistralmente su relación con el exilio, la relación de su generación con el exilio y, a su vez, la relación entre los distintos tiempos que compusieron el exilio de esta segunda generación.

Como Muñiz-Huberman, Perujo muestra un tono de reproche por el exilio heredado, por el exilio impuesto, pero igualmente lo acepta y siente el dolor por lo sucedido. Como decíamos en el primer capítulo, a pesar de haber heredado el exilio, los escritores de la segunda generación van aceptándolo, formando sus propias ideas, mostrando sus propios sentimientos, a medida

que van creciendo y madurando. Finalmente, ambas autoras comprenden su historia: comprenden que han heredado el exilio de una tierra que no conocen, pero también lo toman como suyo.

En *Rompeolas: poesía reunida* encontramos poemas más personales, como hemos visto, pero el tono general de Muñiz-Huberman, como el de Perujo, es más general en contraposición al de Elío, el cual es más personal. No obstante, y sin lugar a duda, lo que podemos encontrar en las tres obras es esa desazón y el reflejo del dolor causado por el exilio: las autoras comparten la sensación de estar perdidas, de sentir que no pertenecen a ningún lado y que no hay esperanza. Al escribir sobre el exilio, parecen buscar una identidad: por un lado, Elío busca en *Tiempo de llorar* reconciliarse con su historia y también, de alguna forma, con su exilio. Al final del relato, la autora reconoce en México su hogar, aunque el dolor producido por el exilio sigue presente y, presumiblemente, lo estará siempre. La búsqueda de identidad de Muñiz-Huberman, por otro lado, se concentra en reconocer el ser exiliado como una identidad propia, siempre desde un “nosotros”, los exiliados. Por último, Perujo parece querer analizar la condición de exiliado de la segunda generación, darle un sentido, explicarlo. Perujo y Muñiz-Huberman reflejan en sus obras la herencia del exilio y las tres autoras muestran sus experiencias y, sobre todo, reflejan lo que el exilio ha causado en sus vidas, en sus familias: todo el dolor sufrido que sigue presente aún décadas después, pues el exilio es para siempre.

La literatura nacida del exilio es una ventana no solo a los sentimientos que comparten estos autores con el resto de exiliados republicanos españoles, es también una ventana a la historia de España. Es una literatura rica, culta y, sobre todo, llena de emociones que fueron reales, que siguen siendo reales. Abrazar, celebrar, estudiar esta literatura es un triunfo para la cultura de nuestro país, más allá de la política y los reproches, es la historia de millones de españoles que tuvieron que dejar su hogar, que merece ser recordada.

7. BIBLIOGRAFÍA

- BLANCO AGUINAGA, Carlos. (2002) “La literatura del exilio en su historia” *Migraciones y Exilios*, Num. 3, pp.23-42
- CASTILLEJA, Diana (2015) Angelina Muñiz-Huberman: construcción de un “yo” fragmentado. *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol 44. pp.21-33
- DE RIVAS, Enrique. (2013) “De Éxodos, exilios, guerras, poetas y generaciones. Poesía española del exilio republicano de 1939: la segunda generación de poetas del exilio en México”. *El exilio literario de 1939, 70 años después*. pp. 21-36
- DÍEZ-CANEDO, Aurora (2019) “Francisca Perujo y sus ediciones mexicanas de Gemelli Careri, Francesco Carletti y Antonio de Morga” *América: il racconto di un continente / América: el relato de un continente*. pp. 213-226
- ELÍO, María Luisa. (2002) *Tiempo de llorar y otros relatos*. Madrid: Turner Publicaciones
- GODOY PEÑAS, Jose Antonio. (2019) *Memoria, identidad y literatura del yo: narrativas de la segunda generación de escritores exiliados por la Guerra Civil española*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- IBARRA GUERRERO, Katia Irina, MASERA, Mariana. (2017) “Identidad(es) literaria(s): el exilio en las poetas hispanomexicanas”. *Revista Valenciana, estudios de filosofía y letras*. Núm. 20, pp. 113-136
- MATEO GAMBARTE, Eduardo. (2013) “El exilio, los exiliados hispanomexicanos, su literatura y la mirada del crítico”. *El exilio literario de 1939, 70 años después*. pp. 67-98
- MATEO GAMBARTE, Eduardo (2014) “Las variadas caras del exilio exploradas por Angelina Muñiz-Huberman” *Homenaje a Angelina Muñiz-Huberman*. pp 26-71
- MUÑIZ-HUBERMAN, Angelina. (2016) *Dulcinea encantada* México D.F: Grupo Planeta. (Edición de Kindle)
- MUÑIZ-HUBERMAN, Angelina (2012) *Rompeolas: Poesía Reunida*. México D.F: Fondo de cultura económica
- PERUJO, Francisca (1985) *Manuscrito en Milán*. Valencia: Pre-textos.

RICO, Alicia (2015) Reflexiones y representaciones del exilio: de *El canto del peregrino* (1999) a *El sefardí romántico* (2005) *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 44, pp. 47-57

VALENDER, James, ROJO LEYVA, Gabriel (2006) *Poetas del exilio español: una antología*. México D.F.: El Colegio de México